Intervención de Rosa María Payá

Buenas tardes. Hace más de 150 años, un joven cubano de apenas 17 años llegó a España, deportado por defender la libertad en su propia patria. Se llamaba José Martí.

Aquí estudió, escribió y profundizó en las ideas de la libertad y la dignidad humana que marcarían su vida y marcarían también el destino de nuestra nación.

Más de un siglo después, otro cubano llegó a Madrid con ese mismo sueño de libertad. Era mi padre, Oswaldo Payá. En diciembre del 2002, tú, presidente, lo recibiste en la Moncloa. Mi padre no venía a pedir poder ni privilegios. Venía a reclamar para los cubanos los mismos derechos y libertades que los españoles ya disfrutaban. Hoy tengo el honor de regresar para recibir el Premio FAES de la Libertad y regreso con una convicción.

La historia que comenzaron hombres como Martí y continuaron hombres como mi padre está a punto de entrar en un nuevo capítulo. Cuba está más cerca de la libertad de lo que muchos imaginan.

Queridas Yulia y Masih, compartir este reconocimiento con ustedes tiene un significado muy especial. Las tres conocemos el precio atroz de enfrentarse al poder totalitario. Pero quiero que hoy nos una algo más que el dolor. Quiero que nos una la certeza de que nuestros pueblos merecen y serán libres.

Presidente Aznar, miembros de la Fundación FAES, queridos amigos, muchas gracias por este reconocimiento. Lo recibo con gratitud, pero también con una profunda responsabilidad, porque no vengo solamente a recordar a quienes lucharon por la libertad, vengo a hablar de la Cuba que estamos preparados para construir.

Cuba no es su dictadura. Cuba es su pueblo, una nación que vive dentro y vive fuera de la isla. Cuba son las madres que siguen esperando a sus hijos presos. Son los jóvenes que salen a las calles gritando libertad. Son los hombres y mujeres que continúan defendiendo sus derechos dentro de la isla, aun sabiendo el precio que pueden pagar.

Son los millones de cubanos que han tenido que abandonar su patria y hoy sueñan con regresar. Son las familias separadas, los abuelos que se mueren de hambre a pesar de las promesas de la llamada revolución. Ese es el pueblo cubano y ese pueblo no ha renunciado a su libertad.

Los dictadores no van a decidir el futuro de los cubanos. Tuvieron casi siete décadas para demostrar lo que su sistema podía ofrecerles. El año pasado, en el 2025, en mi país murieron el doble de personas de las que nacieron. El 94 % de la población en Cuba vive hoy por debajo del índice de la pobreza extrema. La criminalidad está en ascenso. Comer dos veces al día es un lujo. Las familias no saben cómo van a alimentar a sus hijos, cuidar a sus ancianos o curar a sus enfermos. No hay medicinas, no hay electricidad, no hay agua potable. Sobrevivir no está garantizado.

Pero ni el terror, por implacable que sea, puede detener indefinidamente la voluntad de un pueblo de avanzar hacia la libertad. Y a pesar del hambre, de la represión, los cubanos siguen saliendo a

protestar en la isla y en el exilio. Estamos convencidos de que la única manera de superar esta catástrofe humanitaria es saliendo de la dictadura y nos estamos dejando la vida en ello.

Por eso agradecemos también las acciones de los Estados Unidos en apoyo al coraje de un pueblo que reclama el cambio de sistema, porque la acción internacional es esencial también para nuestra libertad, como lo es la construcción de la alternativa democrática. Y por eso las principales fuerzas democráticas cubanas nos unimos en el Acuerdo de Liberación para consolidar la alternativa democrática a la barbarie castrista.

Nos comprometimos a trabajar para construir las capacidades y reunir el equipo que pueda apoyar el periodo de transición en todas sus áreas, desde la transformación política hacia las elecciones libres hasta la economía o la respuesta humanitaria.

Y por eso quiero invitarlos a todos el próximo 3 de noviembre, en esta misma ciudad, junto a cancilleres y jefes de Estado asistentes a la Cumbre Iberoamericana, a participar en la presentación del equipo, del plan, de las capacidades construidas y en construcción para la transición en Cuba. Acompáñennos, los necesitamos.

Queremos una Cuba donde la ley proteja a los ciudadanos y no a quienes gobiernan, donde nadie sea encarcelado por pensar diferente. Donde los cubanos puedan elegir y cambiar a sus gobernantes, donde ningún joven tenga que escoger entre su futuro y su patria. Y donde ningún niño tenga que aprender a callar para sobrevivir. No aspiramos simplemente a cambiar a quienes están en el poder. Queremos devolver el poder a los ciudadanos. Esa es nuestra tarea y estamos preparadas para asumirla.

Presidente, hace 24 años mi padre llegó a Madrid después de haber impulsado el Proyecto Varela. Miles de cubanos habían firmado públicamente una petición para reclamar derechos fundamentales y elecciones libres. Mi padre tenía 46 años cuando comenzó a recoger firmas para el Proyecto Varela; tenía 50 cuando llegó a Madrid y fue recibido por ti.

Yo tengo 37 años y no estoy aquí para pedirle a otra generación que siga esperando. Mi generación quiere construir la democracia. No queremos que nuestros hijos hereden nuestra lucha. Queremos que hereden una Cuba libre. Ese fue también el propósito de mi padre. Él creía que la libertad debía conquistarse sin odio y que la democracia debía construirse con todos los cubanos.

Tú también, presidente, comprendiste la importancia de aquella lucha. Y también algo que sigue siendo fundamental: ser amigo de Cuba significa ponerse del lado del pueblo. Bajo tu presidencia, España impulsó en 1996 la Posición Común de la Unión Europea. Hablando del ruido que hicieron las mujeres, Ana Palacio, que situó la transición democrática y el respeto a los derechos humanos en los objetivos de la política hacia Cuba.

Hoy, 30 años después, cuando los españoles tendrán una nueva oportunidad de enviar a la Moncloa una fuerza que trabaje para el bien común y que no bese a los tiranos, España tiene ante sí otra oportunidad histórica. Compartimos lengua, historia, cultura y millones de vínculos familiares. Muchos de nosotros tenemos abuelos españoles, algunos de ustedes tienen abuelos cubanos, algunos, como yo, somos las dos cosas.

Y compartimos también una experiencia que debe darnos esperanza. España sabe lo que es construir una democracia y por eso hoy quiero pedirles a los españoles algo más que solidaridad. Les pido que se preparen para acompañar a Cuba en estos momentos en los que estamos cerca de lograr una transición, que utilicen su influencia en Europa y en el mundo para exigir acción a favor de ese cambio. Que empiece hoy, cuando aún estamos en el umbral, una nueva relación entre España y Cuba, la relación que tendrán dos pueblos libres.

La democratización no será una tarea sencilla. Habrá instituciones que reconstruir, heridas que sanar y enormes desafíos económicos y sociales que superar. Pero tenemos el talento de nuestra gente dentro y fuera de la isla. Tenemos la experiencia de aquellos que lo hicieron antes y tenemos el legado de los que hoy no están. Y cuando ese día llegue, presidente, espero recibirte en La Habana. Y a ti también, Masih, y a Yulia. Espero que estén allí.

Recibo este premio pensando en mi padre, en Harold, en nuestros presos políticos y en las madres que siguen esperando, pero sobre todo pienso en el futuro. Porque la mejor manera de honrar a quienes dieron su vida por la libertad no es solamente recordar su sacrificio, es terminar la tarea que comenzaron. Martí soñó con una Cuba libre, con todos y para el bien de todos. Mi padre dedicó su vida a hacer realidad ese sueño y nos dejó una promesa: la noche no será eterna. Hoy yo estoy convencida, yo me atrevo a decirles que estamos a instantes del amanecer en Cuba. Que cuando amanezca, España y el mundo libre estén del lado del pueblo cubano. Muchas gracias.